

## LA IMAGEN DE LA SEXUALIDAD EN LA NOVELA GRIEGA ANTIGUA\*

The sexual behaviour that the Greek ancient novel displays as a model is personified by a heterosexual couple. They are both young and very attractive, and belong to the highest social class. This relationship is based, specially in the case of the young female, on complete self-control due to the influence of stoicism. Their objective is a happy and stable married life. The influence of certain mystic religions and the approval of the authorities is clearly visible in the construction of this model.

El objetivo de este trabajo consiste en describir los comportamientos sexuales que se dibujan en las cinco novelas griegas antiguas que conservamos completas. Los protagonistas de estas historias amorosas<sup>1</sup> son griegos, los escenarios que aparecen –desde el sur de la península itálica hasta el Mediterráneo oriental– habían sido en una u otra época helenizados, pero la novela es un género tardío, que se desarrolla entre los siglos I-IV d. C.<sup>2</sup>, es decir, durante el Imperio romano, de manera que los comportamientos sexuales que se reflejan en ella se encuentran enmarcados, por un lado, en la tradición griega, por otro, en el ambiente sociocultural de la época. Hemos organizado los datos, atendiendo a las características de la materia, en tres apartados: la sexualidad antes del matrimonio (1), la sexualidad tras el matrimonio (2) y las relaciones homoeróticas (3), para finalizar con unas conclusiones (4).

1. *La sexualidad antes del matrimonio.* Los distintos roles sociales asignados a la mujer y al hombre en la sociedad de la época conllevan comportamientos sexuales muy diferentes en los personajes masculinos (1.1) y en los femeninos (1.2). Asimismo, es decisiva su ubicación en un medio urbano o rural. Pero, por encima de estas diferencias, los protagonistas de las novelas

---

\* Este trabajo ha sido realizado dentro del P. I. BFF 2000-1436 de la Dirección General de Investigación de Ministerio de Ciencia y Tecnología. Una primera versión fue leída en el Simposio "La imagen del sexo en la Antigüedad", celebrado en Barcelona del 21 al 23 de marzo de 2002.

<sup>1</sup> Sobre el amor en la novela cf. el exhaustivo estudio de M. Brioso, "El amor, de la Comedia Nueva a la novela", en *Consideraciones en torno al amor en la literatura de la Grecia antigua*, M. Brioso y A. Villarrubia (ed.), Sevilla 2000, 145-229, con una amplia bibliografía.

<sup>2</sup> Apuntamos los cinco ejemplares que se conservan completos, junto a la datación más comúnmente aceptada: *Quéreas y Calírroe*, de Caritón de Afrodísias (s. I), *Las efesiacas o Antia y Habrócomes*, de Jenofonte de Efeso (s. II), *Dafnis y Cloe*, de Longo (s. II), *Leucipa y Clitofonte*, de Aquiles Tacio (s. II) y *Las etiópicas o Teágenes y Cariclea*, de Heliodoro (s. III o IV).

comparten dos características de capital importancia: una, su pertenencia a clases sociales elevadas; otra, el ser atractivos (*καλοί*) hasta el punto que pueden ser confundidos o venerados como dioses (*cf.*, p. e., Caritón, I.1.2 y II.3.6) o, como Heliodoro (III.4.8) dice de ellos, hasta el punto de poder colmar todos los deseos, ella de los hombres, él de las mujeres. Estas dos características<sup>3</sup> convierten a estos jóvenes en seres especiales, superiores y, por tanto, modélicos en sus actuaciones. Dado que son protagonistas de una historia de amor, su valor paradigmático se refiere particularmente al ámbito de la experiencia erótica.

En las novelas de Caritón (I.1.6), Jenofonte de Éfeso (I.3.1) y Heliodoro (III.5.4) estas bellas parejas de jóvenes se ven con ocasión de alguna ceremonia religiosa e inmediatamente sienten una irrefrenable atracción mutua, que Caritón describe como una noche terrible, como un fuego que los abrasa (I.1.8: *νύξ ἐπήλθεν ἀμφοτέροις δεινή· τὸ γὰρ πῦρ ἐξεκαίετο*). De estas escenas de "amor a primera vista"<sup>4</sup> lo más destacable es la reciprocidad<sup>5</sup>, ya que en la relación de pareja grecorromana lo tradicional era la existencia de un miembro activo –el varón adulto, tanto en el caso de las relaciones heterosexuales como en el de la pederastia griega– que satisfacía sus necesidades sexuales en otro pasivo –la mujer y el muchacho, respectivamente<sup>6</sup>–, cuyo placer o displacer no era objeto de consideración. Indicios de esta reciprocidad comienzan a observarse desde finales del s. V<sup>7</sup>, y paralelamente se observa un cambio en la edad del miembro masculino de la pareja, de manera que, si en el matrimonio tradicional<sup>8</sup> lo habitual era que el varón rondara los treinta años<sup>9</sup>, esta edad suele

<sup>3</sup> Recordamos que la denominación antigua para los nobles, *καλοὶ καὶ ἀγαθοί*, hacía referencia a cualidades físicas y morales. Ahora siguen siendo *καλοί*, pero la cualidad moral se ha sustituido por la indicación de su pertenencia a las clases adineradas ya que, en esta época, "riqueza equivalía a virtud", *cf.* P. Veyne, "El imperio romano" en P. Ariés y G. Duby (dir.), *Historia de la vida privada*, I, trad. esp., Madrid 1987, 126.

<sup>4</sup> El ojo es el órgano por el que penetra la belleza física y también los sentimientos, *cf.* Heliodoro III.7.5; este mismo autor apunta también en esta visión un reconocimiento de las almas, siguiendo la teoría platónica de la atracción de las dos mitades que fueron separadas (III.5.4). El efecto de la sola visión puede ser fulminante hasta el punto de causar un desmayo: es el caso del sátrapa Mitridates cuando contempla a Calírroe (Caritón, IV.1.9).

<sup>5</sup> El estudio de éste y otros comportamientos simétricos en la novela ha sido realizado desde el punto de vista del análisis de género por D. Konstan, *Sexual symmetry*, Princeton 1994.

<sup>6</sup> Tenemos en cuenta aquí a los ciudadanos; el grupo de los esclavos de ambos sexos estaba también a disposición del adulto ciudadano, *cf.* P. Veyne, *o. c.*, 1987, 200.

<sup>7</sup> Así se aprecia en las escenas de boda en la cerámica, estudiadas por R. F. Sutton, *cf.* M. Brioso, *o. c.*, 2000, 152.

<sup>8</sup> *Cf.* Hesíodo, *Trabajos y días*, 695.

<sup>9</sup> En la Grecia clásica, se esperaba que sobre los treinta años el varón dedicara su energía sexual –dejando de lado, total o parcialmente, las relaciones pederásticas– al matrimonio, un deber cívico por el que se dotaba a la ciudad de nuevos ciudadanos. Platón, *Leyes*, 772 d-e, sitúa la edad apropiada para casarse entre los veinticinco y los treinta y cinco años; Aristóteles, *Política*

descender notablemente y acercarse a la de su pareja femenina, que se aproximaba a los quince<sup>10</sup>. También las parejas de la novela rondan esas edades<sup>11</sup>.

Que la atracción sea mutua supone alteraciones notables en la concepción tradicional de la pareja. En el caso de la mujer implica, en primera instancia, que se tiene en cuenta su sexualidad. Los dos miembros de la pareja viven esta atracción como una "noche", porque el estar bajo el dominio de eros es tradicionalmente penoso por lo que supone de pérdida del control de la propia vida y de sumisión al amado, de manera que, desde la época helenística, la fuerza erótica suele representarse como una enfermedad, que perturba la vida habitual de quien lo experimenta. Tal pérdida de control, tal falta de σωφροσύνη, era una servidumbre poco conveniente para un varón adulto<sup>12</sup>, pero podía ser tolerable en los años juveniles. Esta consideración del sentimiento erótico es uno de los factores que pudo propiciar el descenso en la edad de los personajes masculinos enamorados que se documenta a partir de la época clásica. En todo caso, el muchacho se atreve a contar la atracción que siente por

---

1335 a, recomienda los treinta y siete. En el platónico Plutarco, *Erótico* 751e, el personaje de Dafneo, que defiende la superioridad del matrimonio sobre las relaciones pederásticas, le recuerda a Protógenes que los varones aman a los jóvenes hermosos cuando están en la flor de la vida, pero que, con el transcurrir los años, recurren al tranquilo matrimonio y a la filosofía, tal como hizo Solón (cf. fr. 26 West).

<sup>10</sup> Aristóteles, *Política* 1335 a, recomendaba los dieciocho, que es una edad tardía, ya que en su opinión los matrimonios entre parejas muy jóvenes son desaconsejables de cara a la procreación, porque los hijos nacen con más dificultad, provocan más a menudo la muerte de su madre y son de inferior estatura. Según la legislación romana una muchacha podía casarse desde los doce años, cf. E. Cantarella, "La sexualidad de la mujer romana", en A. Pérez Jiménez y F. Cruz Andreotti (eds.), *Hijas de Afrodita: La sexualidad femenina en los pueblos mediterráneos*, Madrid 1996, 116.

<sup>11</sup> Datos concretos aparecen en Jenofonte de Éfeso (14 Antia, 16 Habrócomes), Longo (12 Cloe, 15 Dafnis cuando se inicia la historia), Aquiles Tacio (19 Clitofonte) y Heliodoro (17 Cariclea). Para el resto de los personajes se calcula una edad similar; S. Couraud-Lalanne, "Récit d'un Τέλος ἐρωτικόν: réflexions sur le statut des jeunes dans le roman de Chariton d'Aphrodisias", *REG* 111, 1998/2, 533-6, ha estudiado los términos de grupos de edad con los que Quéreas y Calíroeo son designados.

<sup>12</sup> Tal como P. Veyne apunta, *o. c.*, 48, el ideal greco-romano de autodomínio se hallaba vinculado al ejercicio del poder (nadie incapaz de controlarse era digno de gobernar). Pero durante el Imperio la soberanía de sí mismo deja de ser una virtud cívica para convertirse en un fin en sí, ya que sólo ella podía proporcionar independencia ante los vaivenes de la fortuna y el poder imperial. Este autodomínio fue especialmente un ideal del estoicismo, la más extendida de las corrientes filosóficas de la época entre las clases elevadas –en concreto entre los nobles romanos, cf. P. Grimal, *El amor en la Roma antigua*, trad. esp., Barcelona/Buenos Aires/México 2000, 287–. En el caso de la pasión amorosa la pérdida del control era especialmente terrible para el varón, que se convertía en esclavo de una mujer. Así –por poner el ejemplo más significativo en las novelas– el noble Dionisio, un adulto cultivado (πεπαιδευμένος), sufre terriblemente por la confrontación entre su pasión amorosa y el autodomínio (Caritón, II.4.4: ἀγῶνα λογισμοῦ καὶ πάθους); significativamente su relación con la joven Calíroeo no prosperará.

Calíroo a sus compañeros de gimnasio y a sus padres, que propician su boda<sup>13</sup>; pero en el caso de la muchacha queda claro que se trata de algo inconfesable, que debe vivirse en la más absoluta soledad (Caritón, I.1.8: δεινότερον δ' ἔπασχεν ἢ παρθένος διὰ τὴν σιωπὴν, αἰδουμένην κατάφωρος γενέσθαι), sin duda porque era un estado socialmente reprochable en la mujer<sup>14</sup>. De hecho, mientras Calíroo languidece en su mutismo, sus padres preparan su boda y ella se entera de que se casa con Quéreas sólo cuando lo ve en la ceremonia de la boda (I.1.15)<sup>15</sup>. El paralelismo que se da en el surgimiento de la pasión, se rompe en la respuesta que a él se espera: mientras el miembro masculino de la pareja busca realizar esa pasión, el femenino debe mantenerse en absoluta pasividad.

La reciprocidad apuntada llega a producirse siempre, si bien en las dos novelas restantes, en las que los protagonistas tienen posibilidades de verse de manera habitual, primero es uno el que siente la atracción, y luego el otro. Así en la novela de Longo la pasión surge primero en Cloe, un día en que contempla desnudo a Dafnis bañándose en un manantial (I.13.2), y Dafnis le corresponde a partir del momento en que ella le besa, para premiarlo por su victoria en una competición (I.17.2). Igualmente, en la novela de Aquiles Tacio es Clitofonte (I.4.2) quien primero se queda prendado de su prima Leucipa en cuanto la ve llegar a su casa, y ella quien responde a su cortejo.

La atracción mutua es, por tanto, la base sobre la que la novela asienta la posterior relación erótica de los jóvenes protagonistas. Esta concepción de que la pareja debe depender del consentimiento mutuo se extiende a lo largo del helenismo y del imperio, debido fundamentalmente a influencias estoicas<sup>16</sup>. El modelo de matrimonio tradicional, decidido por el padre, o los padres, aparece igualmente en la novela, pero no es el propuesto como ideal; en ella, los padres acaban por plegarse a la pasión que domina a sus hijos.

<sup>13</sup> También en las demás novelas los padres ceden al enamoramiento de sus hijos (propios o adoptivos) y aceptan su boda.

<sup>14</sup> Ni Cloe ni Leucipa confiesan a nadie que están enamoradas; Cariclea, tras penar también en soledad, llega a hablar de ello sólo con el sabio Calasiris, no sin que éste le haya asegurado antes que conoce cuál es su enfermedad (Heliodoro, IV.10.3). En Plutarco, *Erótico* 753b, Protógenes declara que debe rechazarse el matrimonio con una mujer que se declare enamorada, porque esto indica falta de control (ἀκρασία) sobre sí misma.

<sup>15</sup> También Quéreas casa a su hermana con su amigo Policarmo, sin tener en cuenta la opinión de la muchacha (Caritón, VIII.8.12); y en Heliodoro Cnemón, enamorado de la hija de Nausicles, se casa con ésta, porque su padre es propicio a la boda (VI.8.2).

<sup>16</sup> Cf. M. Brioso, "La pederastia en la novela griega antigua", *Excerpta philologica* 9, 1999, 24.

1.1. Longo es el único novelista que sitúa la acción en un ámbito rústico, de tradición bucólica. Sus protagonistas, Dafnis y Cloe, son pastores<sup>17</sup>, y pueden pasar el día juntos, mientras cuidan a sus animales, disfrutando de total libertad para sus escauceos sexuales, de los que ambos disfrutaban con similar placer. Dadas estas condiciones, el novelista tenía difícil cumplir uno de los requisitos de la novela, que la relación sexual entre la pareja de protagonistas no tenga lugar hasta después de celebrada la boda entre ellos. Para conseguirlo, tiene que recurrir a un expediente artificial, que contrasta con el medio natural en que la acción está situada: aunque Dafnis y Cloe están en contacto con animales y presencian en primavera frecuentes escenas de apareamiento entre éstos (III.13.1 y 2), ellos mismos son incapaces de realizar, por una inverosímil ignorancia<sup>18</sup>, su deseo sexual. Se recurre entonces a la figura de una iniciadora, Licenion, la esposa de un vecino de Dafnis. Esta mujer se había encaprichado del muchacho y, al seguirlo para procurarse un encuentro con él, es testigo de su ignorancia en cuestiones de sexo, de manera que encuentra una ocasión propicia tanto para la realización de su deseo como para aliviar la situación del muchacho. Se presenta entonces ante Dafnis como emisaria de las Ninfas, haciéndole creer que estas diosas le han puesto al corriente de su situación y le han ordenado que le salve instruyéndole en las tareas del amor (III.17.1 ss.), y nos hace asistir a la única ocasión en que se describe en las novelas una relación sexual de un modo explícito (III.18.3 ss.): lo destacable en ella es que se desarrolla de conformidad con la naturaleza (III.18.4: αὐτὴ γὰρ ἡ φύσις λοιπὸν ἐπαίδευε τὸ πρακτέον), según el ideal de los estoicos. El personaje de Licenion cumple una doble función, ya que por un lado evita la iniciación sexual simultánea y anterior al matrimonio entre los dos protagonistas<sup>19</sup>, y por otro acerca a Dafnis al modelo masculino –más experto que el femenino en cuestiones sexuales– que aparece en las novelas de Caritón y Aquiles Tacio. En realidad, aunque Dafnis y Cloe son dibujados antes de la aparición de Licenion igual de interesados e inexpertos en cuestiones sexuales, algunos datos apuntaban ya en esa dirección, como el que fuera él quien experimentaba un mayor deseo (III.13.4), él a quien Cloe preguntara qué había que hacer en cuestiones sexuales (III.14.2) –como si fuera él quien debiera saberlo– y,

<sup>17</sup> Dafnis y Cloe son, en realidad de ciudad y de clase alta, como los demás protagonistas, pero fueron expuestos de niños y crecieron como hijos de esclavos encargados de las fincas rústicas de ciudadanos ricos que residen en la ciudad.

<sup>18</sup> Algunos estudiosos explican esta ignorancia como un recurso para indicar que en el amor humano no sólo basta la naturaleza, sino que se necesita también de un aprendizaje, de una cultura, cf. M. Brioso, *o. c.*, 2000, 183 y 219.

<sup>19</sup> En principio Dafnis quiere aprender a hacer el amor para compartir su experiencia inmediatamente con Cloe, pero Licenion le instruye también sobre cómo puede ser la primera experiencia sexual de la muchacha (III.19.2) y él, asustado, decide seguir practicando sólo los juegos habituales.

finalmente, que fuera sólo él quien sintiera frustración por su ignorancia (III.14.5).

A diferencia de lo que ocurre en el campo, en el que la iniciación sexual de Dafnis tiene lugar de la mano de un personaje cercano, que lo instruye únicamente en la relación heterosexual, en las novelas urbanas aquella tiene lugar en los gimnasios y en los burdeles. El Quéreas de Caritón ha sido educado en los gimnasios y no es inexperto en las faltas de juventud (I.2.6: γυμνασίους ἐντραφεῖς καὶ νεωτερικῶν ἀμαρτεμάτων οὐκ ἄπειρος) y conoce muy bien los cortejos que los muchachos organizaban en busca de aventuras sexuales: Calíroo, ya casada con él, le reprocha que hubiera recibido en su casa tales cortejos y menciona la pena que ha causado en sus amantes su boda con ella (I.3.6: τὰ δὲ σὰ πρόθυρα συνήθη τυχόν ἐστι τοῖς κώμοις, καὶ τὸ γεγαμηκέναι σε λυπεῖ τοὺς ἐραστάς). En la novela de Aquiles Tacio, Clitofonte sale una noche de su casa diciendo al portero que va a visitar a su querida (II.26.1: ἐρωμένην) y, en una discusión muy del gusto retórico sobre la conveniencia de amar a muchachos o a mujeres (II.35.2 ss.), se muestra conocedor de los placeres que ambos proporcionan. Caritón y Aquiles Tacio nos reflejan, por tanto, el tradicional carácter bisexual<sup>20</sup> de los varones griegos, que conocían desde muchachos tanto las relaciones homoeróticas como las heterosexuales.

Los dos restantes protagonistas, Habrócomes y Teágenes no han sido iniciados en el sexo antes de su matrimonio. Esta situación, poco usual cuando los jóvenes son atractivos<sup>21</sup>, se explica en estas novelas en función de su propia belleza: se sienten tan superiores a los demás, que no consideran a nadie a la altura de su atractivo físico, de manera que desprecian la fuerza de eros, afirmando el primero que nunca se someterá a él por propia voluntad, y despreciando el segundo el matrimonio y los amores (Jenofonte de Éfeso, I.1.5; Heliodoro, III.17.4). Ambos se consideran superiores a la pasión amorosa, pero su voluntad se quebranta por el enorme atractivo de sus parejas. Estos dos personajes masculinos llegan al matrimonio vírgenes como todos los femeninos, pero las causas que mueven a unos y a otras son diferentes.

1.2. Ninguna de las protagonistas de la novela cuenta con experiencia sexual antes del matrimonio con su enamorado. En la novela de Aquiles Tacio se nos describen las precauciones que se tomaban para evitar que en la cámara de Leucipa penetraran hombres (II.19.3 ss.): según esta imagen, la mujer griega de clase alta vivía en las ciudades recluida en casa, y, salvo las situaciones de

<sup>20</sup> En F. Dupont, T. Éloi, *L' érotisme masculin dans la Rome antique*, Paris 2001, 9, se apunta el anacronismo que supone éste y otros términos –homosexualidad, heterosexualidad– referidos al mundo antiguo. Los utilizamos porque son los que existen, pero deben de ser entendidos con las debidas reservas.

<sup>21</sup> Cf. en Heliodoro X.9.1 el asombro de la gente cuando se comprueba, por medio de una ordalía, que Teágenes es virgen.

convivencia familiar<sup>22</sup>, las únicas posibilidades de conocer a otros muchachos que se dibujan en las novelas se reducían, como en épocas anteriores, a las ceremonias religiosas en que tomaba parte, como sucede en los casos de Calíroo, Antia y Cariclea. Una vez recibido el impacto de Eros, las protagonistas de las dos primeras novelas se casan con el consentimiento familiar. Y luego sufren la separación de sus maridos. Durante esta separación se ven requeridas sexualmente por numerosos hombres, pero ellas manifiestan una férrea voluntad de fidelidad hacia sus esposos. En cambio, en las dos últimas novelas (Aquiles Tacio y Heliodoro) las protagonistas se ven separadas de sus parejas antes de su matrimonio; no obstante, manifiestan la misma decisión de fidelidad hacia ellos que las casadas, y hacen, además, extensiva la abstención sexual a sus propias parejas.

Los procedimientos a los que recurren los novelistas para que estas jóvenes separadas de sus familias y lejos de sus ciudades logren su voluntad son variados y posibles en la realidad en un sentido aristotélico<sup>23</sup>, pero su acumulación o la falta de adecuación al medio en que se desarrollan los hace tan poco probables que rozan los límites de lo milagroso. Así, Caritón hace que su protagonista, Calíroo, sólo resulte atractiva a personajes que, como ella, pertenecen a las clases más elevadas de la sociedad: los ladrones de tumbas que la raptan y la conducen de Siracusa a Jonia viajando por mar con la intención de venderla como esclava la respetan<sup>24</sup>; también lo hace el administrador de la finca en que es vendida, ya que sólo la considera digna de su señor, Dionisio, el primer ciudadano de Mileto, con quien accede a casarse para evitar la esclavitud

<sup>22</sup> Esta convivencia facilita el enamoramiento de Leucipa. En realidad, este personaje pasa por dos facetas muy diferentes a lo largo de la novela: en una primera responde a la iniciativa sexual de Clitofonte, y llega a permitir que acceda a su dormitorio, donde la relación sexual no se consume por intervención onírica divina. Luego, cuando la pareja se encuentra fuera del hogar, ella asume el papel habitual femenino que describimos en este apartado.

<sup>23</sup> Es decir, siguen las leyes naturales sin intervención de la fantasía: cf. *Poética* 1451 a-b, donde se distingue entre la función del historiador, que es contar lo que efectivamente ha sucedido (τὰ γινόμενα) y la del poeta (entiéndase "autor literario" en general), que consiste en contar lo que podría acontecer y lo que es posible según la verosimilitud o la necesidad (οἷα ἂν γένοιτο καὶ τὰ δυνατὰ κατὰ τὸ εἶκος ἢ τὸ ἀναγκαῖον). Esta misma idea de realidad ha sido apuntada para los sucesos de Comedia Nueva, un género con el que la novela tiene muchas afinidades, cf. C. Morenilla, "Amor y aventuras en la comedia y la novela", en J. Vicente Bañuls, F. De Martino, C. Morenilla y J. Redondo (eds.) *El teatro clàssic al marc de la cultura grega i la seua pervivència dins la cultura occidental*, Bari 1998, 229 y n. 19.

<sup>24</sup> La propia Calíroo decide casarse con Dionisio, entre otras razones, porque de lo contrario podría pensarse que el hijo que lleva en sus entrañas fruto de su matrimonio con Quéreas fue concebido por ella con uno de los piratas que la había raptado: ἐν τῷ λησθηρίῳ □ Καλλιρρόη συνέλαβεν (II.9.2).

en la que, de lo contrario, su hijo nacerá<sup>25</sup>; posteriormente será deseada por dos sátrapas y por el propio Rey de Persia, de cuyo acecho le salva una guerra que requiere toda la atención de éste. Antia, la protagonista de la novela de Jenofonte de Éfeso, no tiene la misma suerte que Calíroo, y lo llamativo en su historia es el elevado número de personajes de todas las clases sociales que la pretenden; ella recurre a todo tipo de medios y sufre todo tipo de penalidades para evitar estos contactos sexuales<sup>26</sup>. También Leucipa, la protagonista de la novela de Aquiles Tacio, soporta numerosas y terribles torturas<sup>27</sup> que la deforman hasta el punto de no ser reconocida por Clitofonte cuando la ve. Cariclea, la protagonista de la última de las novelas, sigue más los pasos de Calíroo, siendo requerida por personajes importantes<sup>28</sup> y librándose de ellos gracias a una combinación de astucia y suerte<sup>29</sup>.

También los personajes masculinos protagonistas sufren penalidades durante estos viajes, pero son menos numerosas y no siempre son debidas a la defensa de su virginidad o fidelidad; cuando así sucede, en varias ocasiones esta defensa comporta daños también para su pareja<sup>30</sup>.

<sup>25</sup> La alternativa que se dibuja en su mente queda claramente expresada en las palabras ἢ σωφροσύνης ἢ τέκνου (II.10.7); Este segundo matrimonio es para ella, por tanto, una violencia que sufre en contra de su voluntad (II.11.5: καὶν ὑπομείνω τὴν ὕβριν ...).

<sup>26</sup> Logra retrasar, con persuasión y ruegos, los deseos del pirata Euxino y que el buen cabrero Lampón la respete primero y no la mate después; trata de suicidarse con veneno (que resulta ser un somnífero) para evitar la boda con el irenarca Perilao; se declara consagrada a Isis, para evitar ser violada por el rey hindú Psamis; asesina a un bandido que trata de violarla; como castigo es encerrada en una fosa con perros vivos, de la que le libera otro bandido, también enamorado de ella que promete respetarla; es vendida en un burdel, donde finge ser víctima de la enfermedad sagrada.

<sup>27</sup> Es destinada a ser sacrificada a un dios; es envenenada con una pócima que le produce un estado de locura, administrada por un bandido enamorado como filtro de amor; es raptada por orden del también enamorado Quéreas; pero sobre todo es tratada muy cruelmente –grilletes, golpes, trabajo en el campo ...– por Sóstenes, el intendente de Mélite, a cuyos deseos se niega a ceder.

<sup>28</sup> Tíamis, que aparece como jefe de bandidos, pero que es, en realidad, hijo de familia ilustre; el comerciante dueño de un barco; Traquino, jefe de una banda de corsarios y su lugarteniente Péloro.

<sup>29</sup> Como ejemplo de su actitud calculadora, cf. I.21.3 ss.; como "suerte" entendemos tanto los acontecimientos fortuitos que le son favorables (como, p. e., el ataque de bandidos a Tíamis, en I.27.3 ss., o los distintos sucesos que le libran de Ársace, Aquemenes y Oroóndates en los libros VII y VIII) como la ayuda de personajes como Calasiris (que la salva de Nausicles a cambio de dinero, V.12.2, y de Traquino y Péloro, V.30.1 ss.).

<sup>30</sup> Así, en Caritón Quéreas sufre esclavitud y está a punto de ser crucificado. En Jenofonte de Éfeso Habrócomes es solicitado de amores, cuando todavía está junto a Antia, por el pirata Corimbo y por la joven Manto (que maltrata al verse frustrada en sus deseos a ambos miembros de la pareja); una vez separado de su mujer, está a punto de casarse con Cino y se ve obligado a realizar penoso trabajo en un taller de lapidario. En Aquiles Tacio, Clitofonte no sufre más asaltos sexuales que los suaves requerimientos de Mélite. En Heliodoro, la negativa de Teágenes a acceder a los deseos de Ársace acarrea castigos tanto para él como para Cariclea (VIII.5 ss.). En



Como hemos apuntado, Leucipa y Cariclea hacen extensiva la exigencia de virginidad a sus propias parejas. En Aquiles Tacio se describen los requerimientos amorosos de Clitofonte hacia Leucipa cuando ambos se encuentran solos y lejos de su hogar, es decir, sin coacción social que les impida su unión; son requerimientos apremiantes, porque en esta novela se sostiene que las mujeres nunca manifiestan abiertamente su consentimiento a la relación sexual, sino que siempre fingen resistirse por pudor (I.10.2 ss.). De aquí que sea necesaria la intervención onírica divina (IV.1.8) para que la muchacha no sea forzada (βιάζειν) por su pareja<sup>31</sup>. También Cariclea muestra temor a quedarse a solas con Teágenes, en previsión de la falta de contención sexual de éste. Por ello le hace jurar que la respetará hasta que ella le dé su consentimiento (IV.18.4), y este juramento refrenará la pasión del muchacho (V.4.5).

Sucede, en definitiva, que las protagonistas de las novelas se caracterizan por una defensa sin concesión alguna de la fidelidad en el matrimonio y de la virginidad antes de él que a los ojos actuales recuerdan presupuestos de moral sexual que asumiría el cristianismo<sup>32</sup>, cuyas vírgenes soportan con similar entereza tormentos en ocasiones similares a los que nuestras heroínas novelescas padecen<sup>33</sup>. Pero las novelas se desarrollan en un marco pagano, de manera que su comportamiento tiene que explicarse dentro del marco sociocultural de su época. El hecho objetivo es que con su actitud estas mujeres controlan su propio deseo sexual y el de sus parejas con respecto a ellas, y evitan violaciones por parte de extraños. Porque, como hemos apuntado, no se las dibuja como seres que no experimentan deseos sexuales: hasta la muy casta Cariclea sufre terriblemente debido a su pasión por Teágenes (IV.9.3, 10.2-3). El poder controlar los impulsos sexuales era una aspiración tradicional entre

---

Longo no hay viajes, y los sufrimientos de ambos amantes son inferiores. Particularmente Cloe tiene pretendientes, pero no llega a sufrir un acoso apremiante: Dorcón intenta raptarla, pero no lo logra; los jóvenes de Metimna la raptan, pero la liberan casi inmediatamente por la intervención del dios Pan; Lampis la rapta también, pero es inmediatamente liberada por Gnatón. Dafnis es raptado por piratas, pero es liberado milagrosamente; recibe castigos físicos, no de gran importancia, de la mano de los jóvenes de Metimna; Gnatón quiere violarlo. Pero la gran diferencia de ésta con las demás parejas novelescas reside en que no sufren estos daños como consecuencia de su amor, o de su fidelidad.

<sup>31</sup> Igualmente, en la novela de Longo, el cabrero Dorcón, que está enamorado de Cloe, se muestra decidido a conseguirla con regalos o a la fuerza (I.15.1: δώροισ ἢ βίῃ).

<sup>32</sup> Cf. J. M. Blázquez, "La moral sexual cristiana", en *Cristianismo primitivo y religiones místicas*, Madrid 1995, 381, donde, siguiendo a P. Veyne, se apunta que la metamorfosis de las relaciones sexuales y conyugales que se produjo entre la época de Cicerón y los Antoninos dentro del paganismo dio lugar a una moral sexual idéntica a la futura moral cristiana del matrimonio, ya que los cristianos se apropiaron de aquella en las postrimerías del paganismo.

<sup>33</sup> A su vez, en la descripción de estos tormentos no es infrecuente el uso de imágenes referidas al sexo o la boda, cf. V. Burrus, "La sexualidad de las mujeres ascetas en la Antigüedad Cristiana", en A. Pérez Jiménez y F. Cruz Andreotti (eds.), *o. c.*, 133 ss.

varones adultos libres y educados<sup>34</sup>, y en las novelas encontramos que esta aspiración se ha extendido en los personajes femeninos. Porque no podemos olvidar que, desde Platón y Aristóteles<sup>35</sup>, control significa abstinencia, fuerza para evitar ser dominado por el deseo erótico. Creemos que es en esta dirección de autodominio como debe interpretarse la abstinencia sexual femenina: de acuerdo con el papel más relevante que ocupan las mujeres en la sociedad de la época, las protagonistas novelescas, en lugar de los seres cuyas apetencias eróticas no se tenían en cuenta, o cuya sexualidad se consideraba que eran incapaces de controlar<sup>36</sup>—de ahí que tuvieran que permanecer encerradas en sus casas—, aparecen con un perfecto autocontrol de su vida sexual, que es tratado como una virtud—de la misma manera que lo era en los varones—, y la única específicamente femenina, según le dice Persina a su hija Cariclea (IV.8.7: τιμῶσα σωφροσύνην, ἣ δὴ μόνη γυναικείαν ἀρετὴν χαρακτηρίζει). La influencia de los estoicos, que en su búsqueda de la felicidad personal rechazaban las perturbaciones que las relaciones eróticas suponían y que fueron, por ello, radicalmente contrarios a la búsqueda del placer sexual<sup>37</sup>, no fue sin duda ajena a la construcción de este ideal de virtud, que afecta particularmente a los personajes femeninos<sup>38</sup>. Este ideal de autocontrol, que tenía su origen en presupuestos griegos, encajaba también perfectamente con las virtudes que en moral sexual se esperaban de las mujeres romanas en el matrimonio: *pudicitia*,

<sup>34</sup> Cf. J. Capriglione, "La sexualidad en Platón y Aristóteles", en A. Pérez Jiménez y F. Cruz Andreotti (eds.), *o. c.*, 47-86, de donde extraemos este significativo párrafo (76-77): "Precisamente porque la que empuja a la sexualidad es una fuerza innata y primaria, la educación y el ejercicio del *lógos* no son adquisiciones estáticas destinadas a alcanzar un estado de integridad limbática y abstracta, sino *áskeisis*, búsqueda y ejercicio: caso paradigmático en este sentido es el de Sócrates, que se impone a sí mismo resistir frente a los indudables atractivos del bello cuerpo de Alcibiades y consigue demostrar así, con los hechos, que es una relación en la que uno se domina a sí mismo. Por lo demás, de ningún modo es casual la metáfora que tanto le gusta a Platón (...) de los deseos descritos como plebe tumultuosa que intenta siempre, y en cualquier caso, rebelarse si no se mantienen las riendas bien sujetas (cf. *Lg.* 689 a-b)".

<sup>35</sup> Cf. J. Capriglione, *o. c.*, 79 ss.

<sup>36</sup> Esta concepción de la mujer se remonta a Pandora, la primera mujer, que es creada por Zeus como un mal, siendo por naturaleza lo mojado (*ἀντι πυρός*), el desenfreno sexual, ya que carece de *σωφροσύνη*, es decir, es incapaz de controlar sus deseos como lo hace el hombre, cf. M. J. Rodríguez Mampaso, "Los paisajes reflejados: Pandora", en *Sexo, muerte y religión en el mundo clásico*, J. Alvar, C. Blánquez, C. G. Wagner (eds.), Madrid 1994, *passim* y especialmente 20-21.

<sup>37</sup> Cf. J. M. Blázquez, *o. c.*, 384. El desprecio del placer y del cuerpo se dio también en otras corrientes filosóficas como la gnóstica, y fue heredado por el cristianismo.

<sup>38</sup> La contención masculina estaba presente como ideal, pero el nivel de exigencia en su realización es menor. Así Clitofonte, el protagonista de Aquiles Tacio, expresa sus dudas sobre la posibilidad de la fidelidad masculina, cuando en una carta a Leucipa le comunica que si existe la virginidad en los varones también él la ha observado: εἴ τις ἄρα ἔστιν ἀνδρὸς παρθενία, ταύτην κἀγὼ ... πρὸς Λευκίππην ἔχω (VIII.5.7). Ya hemos apuntado (1.1) que también Habrócomes y Teágenes eran vírgenes antes de su encuentro con sus parejas, pero las razones para serlo son de otro orden.

*castitas y pudor*<sup>39</sup>. También es necesario considerar la influencia que los cultos místéricos pudieron tener en esta renuncia al erotismo<sup>40</sup>: en ellos, mediante unos ritos de iniciación, se propone el surgimiento de un hombre nuevo, capaz de superar los vicios terrenales, de manera que se potencian las cualidades éticas de los individuos y se les convierte en modelos dignos de ser imitados; especialmente en los misterios isíacos se propone la abstención sexual como preparación a un acto de especial trascendencia, y la propia diosa, en su función de dadora de leyes, es decir, de organizadora de la sociedad en torno a unos valores, propone un modelo de comunidad edificada en torno a la institución del matrimonio heterosexual en donde reina la concordia. Recordamos que Isis aparece como protectora de la fidelidad de Antia en Jenofonte de Éfeso<sup>41</sup>, y se la menciona también en las novelas de Aquiles Tacio y de Heliodoro en relación con la constitución de una pareja o cuando ésta se reúne<sup>42</sup>. Estos cultos, que sometían a los individuos a un orden coincidente con valores que Roma quería potenciar, se convirtieron durante la época imperial en instrumentos al servicio del poder político y desde las clases dirigentes se propiciaron como medios de integración de los súbditos de las provincias en la *romanitas*. Ésta puede ser una de las razones por las que la historia amorosa de la pareja protagonista no sea tratada como un hecho privado, sino como un hecho público que interesa a toda la comunidad<sup>43</sup>.

<sup>39</sup> Cf. J. Alvar, *Los misterios*, Barcelona 2001, 128.

<sup>40</sup> Cf. J. Alvar, *o. c.*, 2001, en el capítulo titulado "Sistemas de valores de los misterios", 123-162, especialmente 131-133, 139, 143, 145, 152, 153, 159 y 160.

<sup>41</sup> La diosa aparece como salvadora ya en el oráculo de Apolo que describe el futuro de la pareja (I.6.2); en III.11.4 libra a Antia de ser forzada por Psamis en Alejandría, al declararse consagrada a ella; en IV.3.3, al pasar por el santuario que ésta tiene en Menfis de camino a la India, Antia pide a la diosa que le devuelva a Habrócomes, o que la permita permanecer fiel al muerto en caso contrario; en V.4.6 Antia se refugia en el templo de Isis para evitar ser violada por el capitán Políido. Finalmente, en V.13.2 ss., Antia y Habrócomes se reencuentran junto al templo de Isis, a la que el pueblo aclama como gran diosa (μεγάλην θεόν), y a ella le dan las gracias por su salvación.

<sup>42</sup> En Aquiles Tacio Clitofonte y Melite juran ante la diosa, ella que lo toma por esposo, él que la amará con lealtad (V.14.2); más adelante (V.26.4) Mélite recuerda a Clitofonte este juramento, cuando le pide que tenga con ella una única relación sexual. En Heliodoro (I.2.6) Cariclea es vista por los piratas similar a Ártemis o a Isis (diosas que los griegos asimilaron desde antiguo), *de facto* Cariclea está consagrada a la primera en Delfos, y persigue, como ella la virginidad (II.33.5); la diosa aparece en el sueño del enamorado Tíamis (I.18.4), dándole un mensaje relacionado con Cariclea; por último en Menfis, cuando se reúnen Teágenes y Cariclea, organizan una procesión con antorchas al templo de esta diosa (VII.8.5).

<sup>43</sup> En todas las novelas, la gente de los lugares donde se desarrollan los momentos más relevantes para el triunfo de este modelo de pareja, acompaña a ésta en los avatares que sufre. Especialmente hiperbólica y significativa en este sentido es la novela de Caritón, en donde el pueblo de Siracusa celebra con más alegría la boda de Quéreas y Calíroeo que el triunfo de la ciudad sobre los atenienses invasores (I.1.13).

Naturalmente, frente al autocontrol propio de las heroínas que protagonizan las novelas, el resto de los personajes femeninos, particularmente los que no pertenecen a las capas adineradas de la sociedad, muestran un comportamiento más desinhibido, más cercano a la imagen tradicional de la mujer; así, cuando el atractivo Teágenes desfila en una procesión, todas las mujeres del pueblo, incapaces de disimular los sentimientos de su alma (τὸ τῆς ψυχῆς πάθος ἐγκρατεία κρύπτειν ἀδύνατοι), le iban tirando manzanas y flores (ambos símbolos de insinuación erótica) para tratar de atraerse sus favores (Heliodoro, III.3.8)<sup>44</sup>. Ser capaz de contenerse en material sexual se asocia, por tanto, con el *status* social alto, el cual a su vez suponía educación, cultivo del espíritu.

La imagen de las mujeres del campo se asemeja a la de las mujeres del pueblo en las ciudades, incluso en el caso del personaje protagonista: Cloe es la primera en sentirse atraída por Dafnis y no manifiesta ningún pudor ni al experimentar deseo, ni en los juegos sexuales que realiza con él. Su madre adoptiva, Nape, recomienda a su marido que la entregue ya en matrimonio, porque estaba en una edad en la que podría perder su virginidad con cualquier pastor (III.25.2). De hecho, la propia Licenion asesora a Dafnis sobre el lugar adecuado en que puede acostarse por primera vez con Cloe (III.19.3).

Por último, el modelo de la contención femenina de las protagonistas en nada afecta a las esclavas, que, o bien se unen libremente a sus parejas, como Leucón y Rode, los criados que acompañan a Habrócomes y Antia en sus viajes (II.3.6), o bien son usadas sexualmente por sus amos, como sucede en la novela de Heliodoro con Tisbe, a quien su dueña Deméneta ordena que se acueste con su hijastro Cnemón para poder utilizar a éste en sus planes (I.11.3). La propia Tisbe menciona la casa de una amiga donde se reúne con sus amantes (I.16.1), y cómo aprovecha la poca atención que se le presta en casa para ponerse en venta en los festines en los que toca la cítara (II.8.4).

La contención que se propone como modélica en las relaciones de pareja antes del matrimonio afecta, y por tanto, está dirigida a jóvenes de ambos sexos de las clases altas de las ciudades. En el caso de las muchachas implica la virginidad, que debe ser defendida hasta límites heroicos<sup>45</sup>; en el caso de los muchachos apunta a buscar relaciones sexuales sólo con sus enamoradas.

<sup>44</sup> También un héroe como Jasón, hermoso como una estrella, es admirado por las mujeres de la población en su camino de ida y vuelta al palacio de Hipsípila, cf. Apolonio Rodio, *Argonáuticas* I 775 ss. El relato de esta escena, que contrasta fuertemente con el que había realizado Píndaro, *Pítica* IV, vv. 78-92, pone de manifiesto el cambio que se experimentó, a lo largo de los siglos, en la imagen del héroe, cf. C. Morenilla, "La humanización del héroe", *Homenatge a Miguel Dolç. Actes del XII Simposi de la Secció Catalana i de la Secció Balear de la SEEC*, Palma de Mallorca 1997, 233-236.

<sup>45</sup> Escenas de resistencia heroica hasta la muerte antes de mantener una relación sexual no deseada se documentan también en Plutarco, en su *Virtudes de mujeres*: es el caso de la bella

2. *Sexo tras el matrimonio*. Cuando los enamorados, finalmente, logran reunirse, el género exige la declaración explícita de la fidelidad guardada por la muchacha al novio o marido, y, en ocasiones, también la observada por el marido o el novio<sup>46</sup>. Luego los solteros se casan. En la narración de las noches de boda sólo una vez se hace alusión al sexo, precisamente en la novela de Caritón, para explicar que Calíroeo quedó embarazada debido a que tanto ella como su esposo experimentaron un placer similar en su primera unión sexual: ἐρωτικὴν γὰρ ποιησάμενοι τὴν πρώτην σύνοδον τοῦ γάμου Χαιρέας καὶ Καλλιρρόη, παραπλησίαν ἔσχον ὄρμην πρὸς τὴν ἀπόλαυσιν ἀλλήλων, ἰσόρροπος δὲ ἐπιθυμία τὴν συνουσίαν ἐποίησεν οὐκ ἀργῆν (II.8.4). Lo llamativo aquí es que se relacione el matrimonio con el placer, y que éste sea experimentado por los dos miembros de la pareja<sup>47</sup>. Pero no podemos perder de vista que esta mención se hace no por consideración del placer en sí, sino en relación con la procreación, y que ésta era, según la idea estoica que se extendió en la época imperial, una de las finalidades – incluso la más importante– del matrimonio<sup>48</sup>. Así aparece explícitamente expresado en la última novela, la de Heliodoro, cuando Tiamis defiende que Cariclea debe ser para él porque su amor hacia ella no es el de la Afrodita vulgar, ya que no tiene como finalidad el placer, sino que le nazcan herederos (I.19.7); e igualmente Hidaspes, el padre de Cariclea, al casarla, la autoriza a vivir legalmente junto con Teágenes y a procrear hijos (X.40.2). Sin embargo los novelistas sólo se interesan por el desarrollo posterior del matrimonio en una escasa medida, de manera que la mención a los hijos es escasa<sup>49</sup>.

---

doncella Micca (251a ss.), o de la viuda Camma, que se suicida con la bebida con la que asesina a su pretendiente (257e ss.).

<sup>46</sup> Ésta se ha dado *de facto* en la mayoría de los protagonistas. Antia y Habrócomes se confirman mutuamente su fidelidad (V.14.1 ss.). Dafnis se casa con Cloe tras jurar a su padre que sólo había habido entre ellos juramentos de amor (IV.31.3). La virginidad de Leucipa queda asegurada por una ordalía en la gruta de Pan (VIII.13.1 y 2); la de Teágenes y Cariclea por otra (X.9.1 y 4). Las excepciones han sido debidamente justificadas; el segundo matrimonio de Calíroeo es explicado por el propio Quéreas en función del hijo de ambos (VIII.7.11) y el episodio de Dafnis con Licenion por la función de iniciadora de ésta. La relación entre Clitofonte y Mélite la tratamos en este mismo apartado.

<sup>47</sup> Se sigue la idea griega más antigua de cara a la concepción, según la cual los dos deben alcanzar el orgasmo para que ésta se produzca. En la época romana se acabó, en cambio, imponiendo la teoría aristotélica según la cual las mujeres concebían sin experimentar nada, *cf.* V. Burrus, *o. c.*, 139, n. 16.

<sup>48</sup> En 1.2 hemos apuntado el rechazo de los estoicos a las perturbaciones que la experiencia erótica produce. Si el placer no debía buscarse, el matrimonio sólo podía justificarse por la procreación, y cualquier relación fuera de él sería condenable. J. M. Blázquez, *o. c.*, 383, repasa las ideas de Filón de Alejandría, Séneca o Musonio Rufo, que coinciden en justificar la relación conyugal por su función de perpetuación de la especie.

<sup>49</sup> De entre las protagonistas de la novela, sólo Calíroeo en Caritón y Cloe en Longo llegan a ser madres. El hijo de la primera nace cuando ya está casada con Dionisio, y a él se lo cede cuando se reúne con Quéreas, su primer marido y padre de la criatura. Esta donación no puede por menos que recordarnos prácticas relativamente frecuentes en Roma (Plutarco no las menciona

Una vez celebrada la boda, se induce al lector a pensar que la atracción que ha llevado a los jóvenes al matrimonio es para toda la vida: la novela de Caritón acaba con la petición de Calíroo de que se le conceda una vida feliz y la muerte junto a Quéreas (X.8.16); Habrócomes y Antia pasaron una vida feliz entre fiestas (V.15.1); Dafnis y Cloe vivieron juntos como pastores hasta alcanzar la vejez (IV.39.2); Leucipa y Clitofonte ruegan a los dioses para que concedan buenos auspicios a su matrimonio (VIII.19.3). En el transcurso de las aventuras sucede, además, que cuando uno de los protagonistas supone que su pareja ha muerto, se niega a iniciar otra relación amorosa<sup>50</sup>, extendiendo de por vida la fidelidad hacia aquél. Como punto extremo y macabro de esta tendencia al único amor encontramos en Jenofonte de Éfeso (V.1.2 ss.) la historia de Egialeo: Habrócomes lo conoce como un pescador de Siracusa, pero procede de Esparta, en donde se enamoró, de joven, de Telxínoe, la cual correspondió a su amor. Mantuvieron relaciones secretas durante mucho tiempo y se juraron tenerse hasta la muerte. Pero como ella fuera entregada en matrimonio a otro joven, huyeron y se refugiaron en Sicilia, donde vivieron felizmente. Cuando Telxínoe murió, Egialeo no enterró su cuerpo, sino que lo embalsamó y continuó viviendo con él –hablando, comiendo y acostándose– como si su esposa estuviera viva. El novelista deja clara la función didáctica de esta historia: Habrócomes aprendió que el verdadero amor no tiene límite de edad (V.1.12: ἔρως ἀληθινὸς ὄρον ἡλικίας οὐκ ἔχει). Entre las protagonistas de la novela se encuentra, en ocasiones, el deseo de que su relación continúe en la vida de ultratumba: es el caso de Calíroo (III.7.6) y de Antia (II.1.6).

Esta idea de matrimonio es un aspecto de las novedades que se documentan en la moral sexual del mundo grecorromano de los ss. I y II. En el caso de la mujer este cambio se teoriza en dos virtudes, la *concordia* y el *amor*, que se expresan en la iconografía por medio de la *dextrarum iunctio*, y que suponen en la práctica que se somete voluntariamente –además de por su obligación legal– al esposo. Este nuevo modelo, que se aprecia en la producción literaria y epigráfica de las *laudationes* y *consolationes*<sup>51</sup>, y en los *Deberes del matrimonio*

---

como excepcionales), como la cesión de la esposa embarazada a un segundo marido para que éste tuviera descendencia, cf. E. Cantarella, *o. c.*, 126-127. Calíroo (VIII, 4.7) actúa como si su verdadero padre fuera Dionisio, y a él le recomienda la educación del niño, pero además le pide que no se case de nuevo porque ya le basta con la descendencia que tiene. Este hijo de Quéreas y Calíroo parece cumplir la misión de aportar un descendiente masculino (de su anterior matrimonio Dionisio tenía una hija) al noble jonio. De Cloe se mencionan dos hijos, cuya función en la novela es colaborar a describir el ambiente pastoril en el que los protagonistas pasaron toda la vida (son criados por animales, como lo habían sido sus padres: IV.39.2).

<sup>50</sup> Recordemos el caso de Antia, que en IV.3.4 y 5.3 proclama su fidelidad a Habrócomes supuestamente muerto; o, entre los solteros, a Clitofonte, cuya fidelidad a la supuestamente fallecida Leucipa ya hemos mencionado.

<sup>51</sup> Cf. J. Alvar, *o. c.*, 128.

de Plutarco<sup>52</sup>, proponía un modelo de conducta privada en la que el poder del varón queda atenuado bajo la apariencia de una idea de unidad material y espiritual con la mujer. Este ideal de conducta privado reproducía, en el plano público, el de los buenos emperadores, que proporcionaban bienestar y paz social a sus súbditos, y que usaban el modelo de conducta privada que hemos descrito a modo de propaganda que contribuyese a asentar los cambios que se producían a otros niveles en la sociedad romana<sup>53</sup>. Como arriba hemos apuntado (1.2, n. 43) la relación de estas parejas tiene una dimensión pública, ya que se presenta como modelo a seguir para toda la comunidad.

Aunque el ideal que la novela presenta es que la atracción inicial que ha llevado al matrimonio dura toda la vida, no dejan de aparecer en ella muestras de otros comportamientos. En Caritón Quéreas, cayendo en la trampa que le tienden los pretendientes rechazados por Calirroo, cree que ella le ha sido infiel. Como es sabido, el matrimonio no suponía ninguna restricción en la práctica del sexo para el varón –salvo, naturalmente que su pareja fuera otra mujer casada, en cuyo caso se cometía un delito contra el marido de ésta–, pero en el caso de la mujer implicaba la obligación legal de limitar sus relaciones sexuales al marido<sup>54</sup>. Por eso sólo mujeres aparecen como adúlteras. La consideración de los novelistas no es igual con respecto a todas ellas. Licenion, que comete adulterio con Dafnis, es tratada con simpatía por Longo, quien la describe como mujer de ciudad, joven y delicada (III.15.1); cuando tiene su única relación sexual con Dafnis, ella lleva la iniciativa, pero no lo hace exclusivamente para satisfacer su deseo, sino también porque se compadece de la ignorancia del

<sup>52</sup> En esta obra, que Plutarco dedica a dos antiguos discípulos suyos que se habían casado, se propone un matrimonio basado en la *φιλία, ὁμόνοια, συμπάθεια* y *κοινωνία παντὸς τοῦ βίου*. El marido sigue siendo el jefe material y moral de la casa, y debe actuar como guía y maestro de su mujer, propiciando su educación filosófica, de manera que ella se aleje de las perniciosas pasiones; sin embargo, no es conveniente que le enseñe el amor, porque este conocimiento puede conducirle a una exigencia sexual desmesurada y, por tanto, debe mantener con ella las relaciones estrictamente necesarias para la procreación (138c, 145e, 144e-f, 144b). La esposa debe tener siempre buena disposición hacia su marido, y ser casta y comprensiva con las aventuras sexuales y la agresividad del carácter varonil (138e, 139c, 139e, 140a, 140b, 140c, 141e, 141b, 142b, 142d-e, 144f, 145a).

<sup>53</sup> Cf. M. J. Hidalgo de la Vega, "Usos sexuales y amorosos de las mujeres en el Imperio Romano: ¿Imagen o realidad?", en J. Alvar, C. Blázquez, C. G. Wagner (eds.), *o. c.*, 1994, 109-110.

<sup>54</sup> El miedo a ser considerada adúltera, que le acarrearía la muerte, lleva a la reina etíope Persina a exponer a su blanca hija (Heliodoro, IV.8.6); en el mismo autor, Deméneta decide suicidarse antes de compadecer ante el tribunal que la juzgará por adulterio (I.17.5). En Caritón, cuando Quéreas está siendo convencido por el personaje contratado por el tirano de Acragante de que su mujer le es infiel, se le ofrece mostrarle el delito *in flagranti* (I.4.6): además de la fuerza probatoria que la visión aportaba, hay que apuntar que según la legislación romana, el sorprender dentro de la casa a los adúlteros permitía al esposo ejercer el *ius occidendi* tanto con la esposa como con el amante, cf. E. Cantarella, *o. c.*, 128.

muchacho; por lo demás no está enamorada de él, y no se da ninguna reciprocidad amorosa, ya que sabe que él está enamorado de Cloe. De igual manera es tratado con respeto el personaje de Mélite en el libro V de la novela de Aquiles Tacio. Esta mujer, rica, culta y hermosa –es decir, perteneciente a las clases altas de la sociedad y por tanto cercana al *status* de las protagonistas–, se enamora, creyéndose viuda, de Clitofonte en Alejandría, cuando éste está convencido de que Leucipa ha muerto. Sin embargo, a pesar de los requerimientos de ella, por fidelidad a la muerta, Clitofonte va retardando la relación sexual que ella le solicita con sucesivas excusas, primero en Alejandría, luego en el viaje hacia Éfeso donde ella habita y, por último, en esta misma ciudad. Cuando la situación allí se le hace insostenible, en un espectacular vuelco de los acontecimientos, tanto Leucipa como el marido de Mélite, Tersandro, aparecen vivos, lo que significa que cada uno reanudará su relación anterior. Mélite le pide entonces a Clitofonte que se acueste con ella una única vez, antes de desaparecer para siempre de su vida y éste accede porque le invade un sentimiento humanitario (τι ἀνθρωπίνον), como si administrara una medicina a un alma enferma (V.27.2: φάρμακον ὡσπερ ψυχῆς νοσοῦσης). Mélite es una mujer libre cuando se enamora de Clitofonte, y es ella quien lleva la iniciativa en la relación. Significativamente, aunque logra tener una relación sexual con él, nunca disfruta, ni siquiera en esa única vez, de la reciprocidad de su pareja.

Pero encontramos en la novela a otras adúlteras descritas de modo reprochable. En la novela de Jenofonte de Éfeso (III.12.3) Habrócomes es comprado por un viejo soldado, cuya mujer, Cino, repugnante y desvergonzada, se encapricha del muchacho y no muestra ninguna contención ni en su enamoramiento ni en la realización de su deseo (οὐκέτι κατείχε, δεινὴ καὶ ἐρασθῆναι καὶ ἀπολαύειν ἐθέλειν τῆς ἐπιθυμίας), hasta el punto de prometerle que asesinaría a su anciano esposo, que trataba al muchacho como a un hijo, para casarse con él. Habrócomes, por su precaria situación de esclavo, llega a aceptar el plan, pero cuando ella asesina a su marido la abandona y huye. Esta mujer, que no sabe contener sus deseos sexuales, es además una asesina, y el rechazo de Habrócomes se justifica desde ese doble punto de vista moral (III.12.5: ἀπηλλάγη τῆς οἰκίας, καταλιπὼν αὐτήν, οὐκ ἂν ποτε μαιφόνῳ συγκατακιθῆναι φήσας). En la novela de Heliodoro aparece también otra adúltera, Ársace, hermana del Gran Rey y esposa del sátrapa egipcio; aunque es descrita con las características físicas que corresponden a su posición social (alta, bella, inteligente, orgullosa) se la critica por llevar una vida censurable, dedicada a los placeres de un modo descontrolado (VII.2.1: ἄλλως δὲ τὸν βίον ἐπίμωμος καὶ ἡδονῆς παρανόμου καὶ ἀκρατοῦς ἀλλάττων). Esta poderosa mujer, que por *status* social está por encima de las protagonistas de la novela, pero que no es griega –es decir, no está educada en el ámbito de la contención–, acostumbra a satisfacer su deseo



sexual con criados (VII.16.1) y se enamora locamente de Teágenes (VII.19.6: οὐ γὰρ ἔτι φέρειν τὸ πάθος οἶδεν); la negativa de éste a satisfacer sus deseos acarreará duros castigos para él y para Cariclea. Finalmente, en la novela de Jenofonte de Éfeso una mujer casada ordena vender a una esclava (Antia, en realidad) de la que su marido está enamorado a un proxeneta para que en el burdel pueda aquella saciar su incontinenencia (V.5.4: οὕτω γὰρ ... δυνήσῃ ... τῆς ἀκρασίας κόρον λάβειν): se castiga a la esclava, interpretando que su falta de contención sexual ha provocado la atracción que el marido siente por ella.

En todos los casos, lo que resulta reprochable en las adúlteras, o supuestas adúlteras de la novela, no es tanto la relación sexual fuera del matrimonio, que puede ser ocasionalmente justificable, sino que lleven la iniciativa en la relación erótica con vistas a su propio placer, hecho que se interpreta como una carencia de pudor, y, en general, que sean sexualmente activas, lo que se interpreta como una falta de contención, que puede llevar ocasionalmente a cometer cualquier otro delito. Por eso, o bien no logran la relación sexual que desean o bien, cuando ésta se da, nunca obtienen reciprocidad, sino que son meras compañeras sexuales del varón, que está enamorado de otra.

Como hemos podido observar, la novela sólo se ocupa en una pequeña medida del matrimonio. Cuando la boda se celebra o cuando la pareja se reúne tras superar las pruebas que ponen en peligro los ideales de virginidad y de fidelidad, se le supone una vida feliz dando por supuesto que las condiciones de atracción erótica y sentimental que le han dado origen perdurarán a lo largo de toda ella e incluso, después de la muerte. En personajes secundarios aparece la adúltera femenina, caracterizada como amoral por la falta de dominio sobre sí misma; su castigo suele ser la no realización de sus deseos.

3. *Las relaciones homoeróticas.* Hemos tratado hasta ahora las relaciones heterosexuales; pasamos a dar cuenta ahora de las que se dan entre dos personajes varones<sup>55</sup>. La primera constatación que hemos de hacer es que estas parejas siempre están formadas por personajes secundarios. La segunda, es que existen dos tipos dentro de estas relaciones: en unas se da la reciprocidad, y los componentes de la pareja, cuyas edades se acercan a las de las parejas heterosexuales<sup>56</sup>, sienten el uno por el otro una atracción erótico-sentimental equiparable a la que se da en los personajes principales. Estas parejas nada tienen que ver por tanto con la tradicional pederastia griega en la que se establecían parejas formadas por un adulto que llevaba el papel activo en la

<sup>55</sup> En la novela no aparece ninguna relación amorosa entre dos personajes femeninos.

<sup>56</sup> Hipótoo es un νέος e Hiperantes es un μειράκιον. Clinias tiene dos años más que su primo Clitofonte, es decir, 21 años y su enamorado, como el de Menelao, es un μειράκιον. A partir de estos datos sólo podemos concluir que el miembro que se presenta como ἐραστής suele ser algo mayor que el de las parejas de protagonistas, pero la diferencia es escasa.

relación (ἐραστής) y un muchacho, al que le correspondía un papel pasivo (ἐρώμενος)<sup>57</sup>; esta institución tenía una clara función pedagógica, ya que servía como iniciación a la masculinidad del futuro ciudadano al cual se le transmitían los valores aristocráticos que le alejaban del resto de los hombres con un *status* social inferior dentro del marco de la *polis*". La crisis de esta institución comienza a ser perceptible a partir del s. IV a. C, cuando también se altera el marco político en el que tenía validez<sup>58</sup>. Posteriormente, la expansión de la cultura griega a áreas donde la pederastia no estaba socialmente bien vista<sup>59</sup> pudo influir en la menor relevancia de las relaciones homoeróticas que se observa en la literatura. Particularmente en Roma la cultura pederástica no tenía lugar alguno como integradora del joven en la colectividad de los varones adultos<sup>60</sup>, y este rechazo influyó sin duda en la alta consideración que la relación heterosexual fue adquiriendo.

En la obra de Jenofonte de Éfeso se narra la relación entre Hipótoo e Hiperantes: el primero, perteneciente a una de las familias más poderosas de esta ciudad (III.2.1), se enamoró del segundo en un gimnasio, al verlo luchar vigorosamente, y este último accedió a ser su amante con ocasión de la fiesta de la ciudad donde habitaban, Perinto. Pero los amantes son separados cuando un rico ciudadano de Bizancio, Aristómaco, un hombre adulto, se enamora de Hiperantes y logra, con dinero, que el padre del muchacho se lo entregue con el pretexto de educarlo, ya que se hacía pasar por maestro de oratoria (III.2.8: προφάσει διδασκαλίας· ἔλεγε γὰρ εἶναι λόγων τεχνίτης). Hipótoo los sigue

<sup>57</sup> K. J. Dover, *Greek Homosexuality*, London 1978, 84-86 recoge también algún ejemplo, mientras este modelo de pederastia estuvo vigente, de relación durable entre varones de similar edad, como la de Pausanias y Agatón (de 18 años) que duró 12 años; o de relaciones entre jóvenes de similar edad, como la de Ctesipo y Clinias, ambos νεανίσκοι, pero su escasa aparición en los vasos pintados le hace concluir que no debían ser frecuentes.

<sup>58</sup> En las pinturas eróticas de las copas de época helenística aparecen pocas escenas homoeróticas; lo predominante son ya tiernas escenas heterosexuales, representadas en un marco material cada vez más rico: cf. S. B. Pomeroy, *Diosas, rameras, esposas y esclavas*, trad. esp., Madrid 1999, 167.

<sup>59</sup> J. L. Calvo Martínez, *o. c.*, 108.

<sup>60</sup> F. Dupont y T. Éloy, *o. c.*, en el capítulo I, titulado "Jusqu' où les Romains pouvaient-ils être grecs?", 33-43 estudian las razones del rechazo de la pederastia "a la griega" entre los romanos: la causa no está en la erotización del cuerpo de los muchachos (tal erotización estaba perfectamente admitida con esclavos o libertos), sino que concernía a ciudadanos libres; si la pederastia en Grecia estaba asociada a la exaltación de la belleza del adolescente en el gimnasio, en Roma había una gran resistencia a la desnudez de los cuerpos entre ciudadanos libres; si en Grecia constituía un rito de iniciación a la masculinidad del futuro ciudadano, en Roma, donde no se conoce ningún rito de pasaje semejante, el joven que había sido seducido en su infancia, podía ver cuestionada su masculinidad adulta; tampoco era asimilable en Roma el papel de aprendizaje de la sociabilidad, ya que éste estaba a cargo del *pater*, de manera que la institución griega podría suponer una concurrencia con la *patria potestas* de aquél. El rechazo romano de la pederastia no tuvo, por tanto, una dimensión erótica, sino política y social, ya que no servía como modelo de reproducción social del ciudadano.

hasta Bizancio y continúan allí su relación de manera clandestina, hasta una noche en la que Hipótoo vio a Hiperantes acostado con Aristómaco (III.2.10: εὐρίσκω (τὸν Ἀριστόμαχον) συγκατακείμενον τῷ παιδί) y, lleno de cólera, mató al bizantino. Luego ambos huyeron hacia Asia, pero al pasar junto a Lesbos la nave volcó e Hiperantes pereció ahogado. Posteriormente Hipótoo, obligado por la indigencia, se casa con una vieja rica en Tauromenio, de la que hereda una gran fortuna (V.9.1). Luego emprende un viaje, para comprarse objetos dignos de su categoría social; en el transcurso de éste, desde su paso por Sicilia le sigue un muchacho de buena familia, Calístenes, que participa de todas sus posesiones, debido a su gran belleza (V.9.3). Al pasar por Tarento compra a la esclava Antia al dueño de un burdel, e, inflamado de deseo, trata de seducirla (V.9.11); no obstante, cuando la reconoce como esposa de Habrócomes, la respeta y decide devolverla a su ciudad (V.9.13 ss.). Finalmente, sigue a la pareja protagonista hasta Lesbos, y se instala con ellos, teniendo como pareja a Calístenes, a quien adopta<sup>61</sup>.

En la historia de Hipótoo observamos que su opción sexual no es única, ya que se siente atraído tanto por muchachos como por muchachas, todos ellos bellos y aristócratas. En cambio, en Aquiles Tacio aparecen dos historias cuyos protagonistas narran sólo una relación homoerótica: la de Clinias (I.7-8, 12 ss.) y la de Menelao (II.34); salvo esa diferencia, el resto de las características son similares a la de Hipótoo: existe el amor mutuo y la relación termina con un final desgraciado, ya que sus parejas mueren de un modo accidental –montando a caballo el primero, cazando el segundo– y que deja también constancia del alto *status* social de sus protagonistas.

Frente a este modelo de amor recíproco, encontramos otras historias más relacionables con la pederastia a la antigua manera griega. Ya hemos mencionado la de Aristómaco e Hiperantes en Jenofonte de Éfeso. En Longo, el adulto (IV.10.1: τὸν πύγωνα ξυρώμενος πάλαι) Gnatón, parásito descrito con rasgos prototípicos, como esclavo de su vientre y del placer proporcionado por muchachos (IV.11.2: μαθῶν ἐσθίειν ἄνθρωπος καὶ πίνειν εἰς μέθην καὶ λαγνεύειν μετὰ τὴν μέθην), se encapricha del protagonista y lo persigue para tener relaciones sexuales con él. Dafnis se niega a estas relaciones, argumentando que nunca vio tal práctica entre dos animales machos de su rebaño (IV.12.2). Ante su negativa, Gnatón intenta violarlo, pero su borrachera se lo impide (IV.12.3). Finalmente, Dafnis se salva de ser llevado a la ciudad al servicio de Gnatón porque su padre adoptivo Lamón, para evitar que se convirtiera en juguete de las borracheras de Gnatón y desempeñara un oficio de

<sup>61</sup> En las últimas líneas de la novela, se describe una vida feliz y organizada en parejas: la de los protagonistas, Antia y Habrócomes, la de sus antiguos esclavos, Leucón y Rode, y la de Hipótoo y Calístenes: el recurso a la adopción parece indicar el establecimiento de un lazo legal que da solidez a esa unión.

mujeres (IV.19.5: (Γνάθων) ὃς ἐς Μιτυλήνην αὐτὸν ἄγειν ἐπὶ γυναικῶν ἔργα σπουδάζει), le descubre al amo los objetos con que lo encontró expuesto y es reconocido como hijo suyo y, por tanto, como persona libre. Con γυναικῶν ἔργα el novelista parece aludir al papel pasivo, impropio de un varón, en la relación sexual que Gnatón deseaba de Dafnis<sup>62</sup>, y nos ilustra, a la vez, sobre lo que en sexo se esperaba de la mujer. También Habrócomes, en Jenofonte de Éfeso, se lamenta de la vida que le espera como objeto erótico del pirata Corimbo, comparándola con la de una prostituta y oponiéndola al papel sexual propio del varón (II.1.3: τίς ἐμοὶ βίος περιλείπεται πόρνη μὲν ἀντὶ ἀνδρὸς γενομένῳ).

Observamos que la educación cívica, que es el pilar básico sobre el que se asentaba la institución de la pederastia en la Atenas clásica, es usada en la historia de Hipótoo como una excusa para comprar *de facto* a un muchacho libre. También aparece como excusa en la novela de Aquiles Tacio (VIII.9.2)<sup>63</sup>, donde se describen, de manera cómica, las licenciosas costumbres de juventud de Tersandro, el marido de Mélite: la crítica al comportamiento sexual de este personaje gira en torno a dos ejes: que se vendía a sus amantes –es decir ponía su cuerpo al servicio de otro, como un esclavo o una prostituta–, y que era muy promiscuo –es decir, incapaz de dominarse–, ambas impropias del ciudadano libre de clase alta que se nos propone como ideal masculino en la novela. Igualmente en la narración de Longo la condena de Gnatón no procede del intento de usar sexualmente a un supuesto esclavo –práctica habitual y perfectamente admitida culturalmente–, sino de que no controla sus apetencias.

<sup>62</sup> La idea de que en las relaciones entre varones a uno se le toma como mujer aparece en las *Leyes* 8.836a, y, en textos más cercanos a los que tratamos, en los *Amores* del Pseudo-Luciano (20), en el que Caricles afirma que la relación homoerótica es una práctica contra la naturaleza que no existía en los tiempos heroicos, y que surgió cuando un hombre vio por primera vez a otro como una mujer ((ὁ βίος) ... ἀπ' ἐκείνου τοῦ μεγέθους ἐς τὰ τῆς ἡδονῆς καταβαίνων βάραθρα ... ἡ τρυφή τὴν φύσιν αὐτὴν παρενόμησεν ... τίς ἄρα πρῶτος ὀφθαλμοῖς τὸ ἄρρεν εἶδεν ὡς θῆλυ); dentro de esta misma orientación, Plutarco, *Erótico* 751f - 752, considera la relación homoerótica como un fenómeno reciente y Díon Crisóstomo en su *Euboico* (151 ss.) la entiende como la más extrema degeneración erótica.

<sup>63</sup> "Ya cuando era joven andaba con muchos caballeros de buena posición y empleó toda su mocedad en esas relaciones. Adoptaba aires respetables, representaba una farsa de hombre virtuoso, simulando estar ansioso de ... educarse, y en todo momento inclinándose y disponiéndose a recibir ... las enseñanzas de sus maestros. Abandonó la casa de sus padres y, alquilando un pequeño local en una callejuela, puso allí su ... burdel, afanado en el trasiego de las letras y aceptando con amable camaradería a todos los que podían proporcionarle lo que deseaba. Y de este modo, mientras tenía por meta el cultivo de su alma, en realidad no hacía sino seguir con su papel de vicioso. Luego, en los gimnasios, veíamos también cómo se untaba el cuerpo y cómo practicaba con la ... pértiga sobre todo con los más varoniles. Así se entrenaba y entrenaba su cuerpo. En esto se ocupaba, pues, mientras estuvo en la flor de la juventud", traducción de M. Brioso, BCG 56, Madrid 1982.

La condena moral de los novelistas es clara en el caso de las relaciones entre un adulto y un muchacho, en las cuales o bien la relación se impide, o bien nunca es recíproca. Sin embargo, en el caso de las parejas de similar edad y enamoradas no observamos condena moral directa alguna<sup>64</sup>; además de en los casos expuestos, se puede apreciar en Aquiles Tacio, donde aparece una discusión entre Clitofonte, que prefiere la relación sexual con las mujeres (II.37.1-10), y Menelao, que prefiere a los muchachos (II.38.1-5). Sin embargo, no podemos dejar de apuntar que ninguno de los protagonistas tiene relaciones homoeróticas y que cuando éstas aparecen<sup>65</sup> entre personajes secundarios suelen tener un final trágico, es decir, no son merecedoras del final feliz con que se sanciona el carácter de modelo que tienen las relaciones heterosexuales.

4. *Conclusiones.* La novela se alinea junto a géneros como la epopeya o la Comedia Nueva en el tratamiento decoroso del tema de la sexualidad. Sus protagonistas son seres superiores al común de los mortales de manera que sus comportamientos en materia erótica –las novelas narran un πάθος ἐρωτικόν– conllevan una importante función paradigmática<sup>66</sup>. La novela propone como modélicos una serie de comportamientos sexuales novedosos en su conjunto. La pareja ideal está formada por dos jóvenes muy atractivos que sucumben a los dardos recíprocos de un eros erótico-sentimental<sup>67</sup>. De los varones es destacable su sumisión a este estado, su claudicación ante esta fuerza que les domina y que les somete a una mujer –hecho que resulta admisible por su juventud–, y que canalicen dicha fuerza en el matrimonio. De las muchachas, que sus impulsos eróticos sean tenidos en cuenta a la hora de formar la pareja y, especialmente, el dominio que ejercen sobre ellos, de manera que aparecen como dueñas de su sexualidad. Sin embargo, este dominio se realiza en dos aspectos –virginidad antes de la boda y fidelidad después– que son especialmente apreciados desde la mirada masculina: la heroína novelesca controla su sexualidad siguiendo las

<sup>64</sup> En el *Erótico* de Plutarco, que se decanta claramente en favor del matrimonio, el personaje de Dafneo apunta, no obstante, que el sentimiento de Amores es único y el mismo ya se dirija a muchachos ya a muchachas (ἐν καὶ ταῦτόν ἐστι πρὸς παῖδας καὶ γυναῖκας πάθος τὸ τῶν Ἐρώτων, 751e-f). En la misma dirección D. Konstan, *o. c.*, 28, apunta que la decisión por la muchacha o el muchacho no está, como podríamos pensar desde nuestra visión actual, en la inclinación erótica del amante, sino en los méritos del amado.

<sup>65</sup> En Heliodoro, el último de los novelistas, no se encuentra absolutamente ninguna mención a relaciones entre varones. El mismo silencio se observaba en la Comedia Nueva, claramente defensora, como nuestros novelistas, del modelo matrimonial.

<sup>66</sup> Más que considerar la novela como el exponente del éxito de una nueva erótica (como M. Foucault propone, *Histoire de la sexualité*, 3, Paris 1984, 266) creemos que su objetivo es proponer como modélica una nueva forma de relación de pareja, propuesta que se hacía desde determinados círculos de las clases dominantes y para esas mismas clases.

<sup>67</sup> Resulta, así, completamente diferente de la novela latina, en la que la relación sexual que se describe suele ser esporádica o desprovista de cualquier componente que no fuera la pura atracción física o la necesidad biológica.

pautas de los deseos de los varones. La idea grecorromana de la inferioridad sustancial de la mujer continúa vigente, ya que, si bien se la reconoce ahora como sujeto erótico y se le otorga la capacidad de controlar su deseo sexual – tratándola así de un modo acorde con su mayor peso en la sociedad de la época– su comportamiento sexual se conforma de manera que sigue estando al servicio del varón<sup>68</sup>. El ideal de autocontrol sexual se manifiesta también en los protagonistas masculinos, pero su incidencia en ellos es menor: algunos no son vírgenes antes del matrimonio y han conocido experiencias homoeróticas y heterosexuales; cuando la relación se establece, ese ideal se concreta en ellos en buscar la relación sexual sólo con su pareja.

La acción se sitúa en dos escenarios diferentes: el urbano y el rural. En el ámbito urbano la iniciación sexual masculina puede ser homoerótica (gimnasios) o heterosexual (prostíbulos); las parejas que se forman en la ciudad la abandonan para recorrer escenarios diversos en los que los ideales de fidelidad y virginidad se ponen a prueba en un mundo que se dibuja claramente ajeno y hostil a ellos. En la defensa de estos ideales destaca especialmente la entereza de las muchachas, que roza en ocasiones los límites del martirio, y que muy probablemente fue modelo de las historias de vírgenes cristianas que se conservan del s. II en adelante.

Sólo conservamos una novela situada en un ámbito rural, seguramente porque el corsé de moral sexual que la novela imponía como género era más difícil de instalar en él. Efectivamente, aunque en ella se cumplen todos los preceptos del género –enamoramiento mutuo, virginidad de la novia y boda final– la sexualidad se realiza de manera mucho más espontánea y sólo en su vertiente heterosexual, y los protagonistas, especialmente la protagonista, no está a la altura de las demás, que adquieren una categoría de heroínas por su abnegada defensa de un código sexual determinado.

El modelo erótico que se propone está orientado hacia el matrimonio, deseado por los dos miembros de la pareja en virtud de la atracción mutua, erótico-sentimental, que experimentan<sup>69</sup>. Esta atracción original perdurará a lo largo de toda la vida e, incluso, hasta después de la muerte. En la construcción de este ideal de matrimonio colaboraron factores diversos: por un lado,

---

<sup>68</sup> Este doble enfoque sobre la figura de la mujer aparece también en el isismo: por un lado está la imagen de diosa todopoderosa, pero ésta siempre aparece acompañada de un varón; esta imagen –en palabras de J. Alvar, *o. c.*, 153– "sublima al mismo tiempo el modelo de la esposa dependiente y feliz en el hogar y el de la mujer cada vez más emancipada y autónoma ...como punto de partida del amor paritario defendido en las novelas".

<sup>69</sup> La tradicional misoginia y el consecuente rechazo del matrimonio aparece también en las novelas (*cf.* Aquiles Tacio, I.7.4 ss. y II.36 ss.), pero su presencia es escasa y está a cargo de personajes secundarios.

concepciones filosóficas, fundamentalmente estoicas<sup>70</sup>, que buscaban el autocontrol que liberase al individuo de las perturbaciones que la pasión erótica producía; por otro, determinadas corrientes místicas, especialmente isíacas, que propiciaban el control de los impulsos sexuales y defendían una idea de comunidad organizada en matrimonios presididos por la concordia; y, por último, el interés imperial en difundir un modelo de conducta privada organizada en torno a unos principios que se deseaba presentar como regentes también de la vida pública. Todos estos factores hacen que la historia de amor no sea tratada de un modo particular, intimista, sino como una manifestación de comportamientos que interesan a toda la comunidad.

Junto a este modelo de matrimonio encarnado por los protagonistas, aparecen en segundos planos o en personajes secundarios comportamientos sexuales opuestos a la conducta que se ejemplifica y con toda probabilidad más cercanos a la práctica cotidiana. Dado que el hombre disfruta de una libertad sexual ilimitada, sólo aparecen figuras de adúlteras. Lo que en ellas se critica es su postura activa frente a la sexualidad, y esta censura se refleja en la no realización de sus deseos o en una realización parcial que nunca es recíproca.

La relación sexual que la novela nos ofrece como paradigmática es la de la pareja heterosexual, aunque no se evita la presencia en segundos planos de relaciones homoeróticas masculinas, tan tradicionales en la cultura griega. La institución de la pederastia aparece totalmente deformada, y las parejas formadas por un varón adulto y joven son prácticas encubiertas o bien de lo que hoy llamaríamos explotación sexual de menores o bien de franca prostitución; en el primer caso, como en el de los adulterios, o bien son parejas sin reciprocidad, o bien no llegan a constituirse como tales. Las parejas de varones que aparecen tratadas con respeto tienen similares características a las heterosexuales, tanto en edad de sus miembros como en el comportamiento afectivo-sexual; no son reprobadas por los novelistas, pero no son en general refrendadas con el *happy end* que convierte las heterosexuales en modélicas.

Tanto en las parejas de protagonistas como en las constituidas por dos varones favorablemente valoradas, lo esencial es que los dos miembros que las constituyen pertenezcan a la misma clase social elevada, y que exista entre ellos un lazo afectivo-sexual que les lleve a una relación duradera y conformada de acuerdo con determinados principios éticos. Entre las primeras parejas, se avanza hacia la exclusividad en la orientación sexual del varón hacia el modelo heterosexual, aunque no falte alguna muestra de indefinición previa al encuentro de la pareja refrendada; en el caso de las segundas, se permite algún caso de definición exclusiva hacia el modelo homosexual.

---

<sup>70</sup> La época imperial se caracteriza por un gran eclecticismo en materia filosófica, pero, como ya hemos apuntado (n. 12), la doctrina estoica fue la más difundida, especialmente entre las clases altas a las que pertenecen los modélicos protagonistas de las novelas.

Para finalizar, creemos que es necesario apuntar que la proximidad que se da entre el modo de entender la sexualidad que se aprecia en las cinco novelas conservadas y el modo de entenderla del cristianismo que llegaría a imponerse no parece muy probable que se deba al azar. Más bien parece lógico pensar que se conservaron aquellos ejemplares del género que defendían unos comportamientos sexuales compatibles con los que esa religión dominante llegó a adoptar como modélicos para sus adeptos<sup>71</sup>.

UPV/EHU

ELENA REDONDO MOYANO

---

<sup>71</sup> De entre las novelas conservadas es, sin duda, la de Heliodoro la más cercana a la moral cristiana. Sócrates Escolástico (*Historia eclesiástica*, V, 22) nos transmite una noticia según la cual este autor fue obispo e introdujo el celibato eclesiástico durante su episcopado; el ambiente absolutamente pagano de *Las etiópicas* se explica por ser obra de juventud, anterior a su conversión al cristianismo.